

Del autismo de ayer al de hoy... y al que vendrá. Segunda parte.

Georg Frankl: ideas modernas... antes de tiempo



– Alberto Lasa Zulueta –

Psiquiatra, psicoanalista. Profesor Titular de Psiquiatría. Universidad del País Vasco. Bilbao (España)

“Tener razón antes de tiempo es lo mismo que equivocarse”.

La Rochefoucauld, Siglo XVII

*“Eso que llamamos significado
debe vincularse con el primitivo lenguaje de los gestos”.*

L. Wittgenstein, 1933

Ocurre cíclicamente en la historia de todas las ciencias -en la medicina, en la psiquiatría y en la psicología también- que se producen vaivenes que vuelven desde nuevos logros hacia viejas ideas y costumbres. Sin embargo -los historiadores lo señalan con frecuencia- quienes se mueven en un tiempo concreto y valoran sus propios avances piensan que jamás se había pensado o hecho nada parecido y hasta creen haber creado su obra a partir de cero, olvidando o desconociendo lo anterior. La historia de la creación del concepto de autismo no es una excepción.

Sostuve en la primera parte¹ de este artículo que la genialidad de Kanner y de Asperger se sustentó sobre lo que recolectaron de otros autores y experiencias. También que, en mayor o menor grado, los dos “olvidaron” lo que bien sabían: que había una historia previa, compañeros y experiencias que los

habían precedido y que no quisieron reconocer claramente.

En esta segunda parte, me centraré en las aportaciones de Frankl -que contribuyeron a la construcción del concepto actual de autismo, que ha sido, y sigue siendo, una construcción coral. Su tronco común de origen se ha ido ramificando y trezando en diversas corrientes, ideas y prácticas que, procedentes de diferentes contextos -autores, lugares y momentos- han servido para edificar un “constructo” que aún está lejos de ser ni definitivo ni unánime. Lo muestran las periódicas modificaciones de las clasificaciones psiquiátricas y las periódicas y apasionadas diatribas acerca de las propuestas terapéuticas y su validez científica. Pese a la afirmación triunfalista de que disponemos por fin de una visión objetiva y científica del autismo, los hechos muestran que sigue siendo un problema de límites mal

definidos y de soluciones pendientes, sobre todo en su vertiente terapéutica.

Fue Frankl quien insistió, antes que nadie, en la importancia conceptual, clínica y pronóstica del lenguaje autista y por eso será el hilo central que seguiré en este texto.

LAS IDEAS DE GEORG FRANKL

Repasaremos lo que puede rescatarse de los escasos textos que le han sobrevivido y que durante tanto tiempo quedaron olvidados.

En su **texto de 1933**, publicado en alemán en una revista pedagógica y titulado “Dar órdenes y obedecer” (también traducido como “Mando y obediencia”)⁽¹⁾, ya comenzó a reflexionar sobre lo que sería su tema predilecto: la compleja relación entre el lenguaje verbal, las palabras, y el lenguaje afectivo, también llamado “extraverbal” o “no verbal”, que inse-

¹ Del autismo de ayer al de hoy... y al que vendrá. Primera parte. Georg Frankl: un pionero silenciado y discreto. Revista *eipea*, número 18, primavera 2025.

parablemente lo acompaña. Describe una observación clínica: “Recuerdo bien una escena entre un niño pequeño y su madre. Era un chico de 5 años, particularmente agitado y turbulento; su madre enfadada murmuraba tras él, con una voz monótona y un rostro inexpresivo, algo así como “pero cariño ahora tienes que parar porque si no yo me enfado; siéntate aquí y mira qué bien se portan los demás niños”. Ella continuó así, con el mismo tono monótono y el niño apenas percibía esta débil letanía y si por azar tomaba conciencia de algunas palabras, para nada las obedecía. Es un ejemplo de una manera de dar órdenes inadecuada. Solamente cuando vemos los gestos y expresiones faciales que acompañan a la transmisión de órdenes resultan estas claras para quien las recibe y para quienes observan (...) esto no solamente es válido para las órdenes, sino en general para las relaciones humanas cuando se trata de comunicación. Si las acciones educativas no están integradas en el lenguaje afectivo, no encuentran un buen contacto emocional con los niños y entonces estas acciones educativas tienen un efecto sorprendentemente nulo y pueden desorientar tanto al niño como a quienes le observan”⁽²⁾.

En este mismo texto, Frankl insiste en que, para él, los trastornos del contacto afectivo tienen su raíz en una desconexión profunda de los mecanismos del lenguaje, una ruptura entre el lenguaje verbal y el lenguaje afectivo, una desconexión entre las palabras (el significante) y la gestualidad, tono y mímica que acompañan al mensaje que, bajo ellas, se trata de comunicar (el significado). Lo ilustra con un segundo ejemplo, una reflexión sobre una observación en una taberna. Relata la diferente manera de dar órdenes a sus respectivos perros por parte de sus dueños, que trataban de controlar su comportamiento mientras comían en el comedor: “en donde pude ver claramente demostrado, gracias a dos perros, cómo una orden puede darse de buena o de mala manera (...) los dos perros acompañaban a sus dueños durante la comida. Uno de ellos, un perro vivo, inquieto y astuto, suplicaba insistentemente a su dueña, lloriqueando y ladrando. Ella le hablaba dulce y amorosamente para calmarle y resignarse; le aseguraba que recibiría su comida más tarde y le pedía que se portara bien, como corresponde a un buen perro. Su voz calmada, amable y poco expresiva no conseguía suscitar ninguna reacción del perro. Ella se vio

forzada a tirarle restos de su comida, animándole así a seguir mendigando (...) El otro perro, un bóxer alemán de talla considerable, también era bien tratado y querido por su dueño, pero un simple “¡échate!” bastaba para que se quedara tumbado en su cojín en un rincón durante toda la comida (...) ciertamente, esta orden fue articulada con la fuerza sugestiva necesaria, con una buena carga de autoridad no hostil y acompañada del gesto apropiado (...) sin ninguna duda, la voluntad y la fuerza de hacer respetar la orden debieron ser percibidas por el perro”⁽³⁾.

Frankl va precisando lo que considera específico de lo que denominará *lenguaje afectivo*: modulaciones del tono de voz, acompañamiento de mímica facial y de gestos corporales. Con ello desplaza su foco de atención de lo semántico a lo corporal.

Conviene señalar, para resaltar lo adelantado de sus ideas, que la importancia del lenguaje no verbal -gestual- que acompaña a las palabras es un tema que adquiere importancia más tarde, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX; con la confluencia de la psicología con la etnografía y la antropología social, a finales del siglo pasado, se empiezan a considerar como inseparables el lenguaje verbal y su acompañamiento emocional y gestual. En la época de Frankl, los gestos y la mímica estaban considerados como un obstáculo al desarrollo del lenguaje verbal⁽⁴⁾. Además, la

ideología nazi consideraba indeseable que los gestos y la mímica, que consideraban típico de italianos... y de judíos, acompañaran a la expresión “limpia” del lenguaje verbal.

Frankl insistirá en su interés por pensar en cómo responden los perros al lenguaje de los humanos, pero ¿a qué componentes del lenguaje?

Buscando paralelismos con estilos de comunicación utilizados en tiempos más modernos con intenciones terapéuticas, señalaré que Frankl, aunque sin decirlo explícitamente, está explicando muy claramente en qué se basan los logros del adiestramiento como método para modificar comportamientos elementales. Él ya sabía, porque colaboraba diariamente con educadores, que cuando las palabras se acompañan de un impacto emocional quedan más grabadas en la memoria. Es la “eficacia” de lo traumático o de lo impuesto a la fuerza⁽⁵⁾. Posteriormente, los posicionamientos apasionados de los partidarios de diferentes corrientes terapéuticas también han alimentado polémicas respecto a cuál debe ser el “tono afectivo” para una mejor eficacia de las intervenciones educativas y terapéuticas. Afortunadamente, si nos informamos de los conocimientos actuales, hoy estamos en una situación alejada de polarizaciones extremas y en un reconocimiento más sensato de las ventajas y desventajas, de los aciertos, limitaciones y errores, las dificultades y logros de los diferentes tipos de intervenciones.

PLAY INTERVIEWS WITH NURSERY SCHOOL CHILDREN*

ANNI B. WEISS-FRANKL
Baltimore

INTRODUCTION

CHILD guidance work, in recent years, has been enriched by the widespread use of play interviews. The method shows a wide variety of trends, varying with the background and philosophy of the therapist and the problems offered by the children. One of the most important features of the present development seems to be the tendency of the psychiatrist to renounce premature hypotheses about the causes underlying maladjustment in all those cases where they cannot readily and overtly be found; instead he concentrates upon the present manifestations of the child's difficulties and problems. Thus, after having considered the information from parents, teachers, or social workers about the child's background and history, he starts his work by utilizing the child's spontaneous activity for both diagnostic and therapeutic purposes.

For some time it has been considered indispensable for successful play therapy that the child be made to realize his need for help. Such a preparation for the therapeutic experience, it was thought, would motivate the child to give active cooperation to the psychiatrist. In the case of young children, this prerequisite

Después de llegar a Estados Unidos con Georg Frankl, Anni Weiss escribió el artículo “Entrevistas sobre el juego con niños de preescolar” en 1941, después de su experiencia como psicóloga y consultora para preescolares en Chicago y Winnetka.

En dos textos posteriores, de 1937, reflexiona sobre las alteraciones del lenguaje en el parkinsonismo. A consecuencia de la epidemia de encefalitis letárgica que asoló Centroeuropa, y en particular Viena, entre 1917 y 1927, muchos afectados desarrollaron secundariamente dificultades del lenguaje con singulares características: pérdida de las modulaciones apropiadas de tono y de la expresión mímica y gestual, habitual acompañamiento del lenguaje normal. Para Frankl, este lenguaje *parkinsoniano* resulta de una desintegración entre el lenguaje verbal y el lenguaje emocional-gestual (Frankl, 1937a; 1937b). Lo que le lleva a pensar que las dificultades para el contacto afectivo de los niños de su hospital podrían tener su raíz en esta dicotomía que disocia el contacto entre el lenguaje afectivo y el lenguaje de las palabras. Le sirve también de apoyo para reflexionar sobre la relación entre la inteligencia y el lenguaje autista (y es la primera vez que utilizará esta palabra): *“un autismo tan extremo da un toque muy especial a la imagen global de la debilidad mental”*⁽⁶⁾.

En su texto de 1943, Frankl señala el contraste entre la situación de las alteraciones del Parkinson, en el que la parte de lenguaje que no funciona es la emocional, con otras situaciones en las que esta parte queda preservada, mientras que lo que queda abolido es el lenguaje verbal. Y aquí menciona la sordomudez, la afasia... y el lenguaje de los perros: *“un perro es capaz de expresar todo tipo de sentimientos, afectos y emociones a través de diferentes formas de ladrar y de gestos corporales. Es igualmente capaz de reconocer el humor, las intenciones y los sentimientos amigables u hostiles de su dueño y de actuar en consecuencia, pero solo comprende algunas palabras (...) el perro actúa de acuerdo con los gestos y la modulación de la voz más que con el sentido de las palabras”*.

Podrían añadirse como comentario algunas preguntas que, según quien las lea, podrían resultar provocadoras: ¿quiere esto decir que los perros sí tienen una *teoría de la mente*? ¿Estarían más dotados que las personas autistas que, para ciertos autores,

carecen de ella? ¿Están equivocados los afamados autores que así lo afirman? Volveré más adelante sobre esta cuestión, hoy ampliamente controvertida y que conviene matizar en muchas de sus diferentes perspectivas y aristas.

Quiero recordar aquí un dato. La noción de “teoría de la mente” procede de la etología y fue introducida, en 1978, por Premack y Woodrof en su artículo titulado: “¿Tienen los chimpancés una teoría de la mente?”. El tema ilustra la riqueza multidisciplinar de las ciencias cognitivas que conectan con campos tan diversos como la etología, la filosofía del lenguaje, la psicología social, la lingüística y la neurobiología cerebral (el “cerebro social” de los neuro-cognitivistas). La teoría de la mente puede ser entendida como una teorización “por fin científica” del funcionamiento mental o como un saber construido mentalmente, una función o una aptitud propia de ciertos “animales sociales”, y en particular del ser humano, que permite acceder a la vida psíquica del otro y a sus estados mentales (Georgieff, 2013).



Zona de juegos del Hospital Universitario Infantil de Viena. Fotografía de 1921. Iconographic Collections - Wellcome Collection 28455i.

Otra cuestión clave es que la construcción de esta aptitud necesita de unas bases cerebrales recibidas por vía genética, pero, además, un plus relacional indispensable, un intercambio -interpersonal, interactivo y temprano- proporcionado por el entorno humano a través del lenguaje verbal junto con todo lo que de afectivo y corporal lo acompaña. Cuestión cuya solidez científica ha sido demostrada hace mucho tiempo con el conocimiento de la plasticidad cerebral y de su activación epigenética. Frankl, que aún no podía disponer de estos conocimientos posteriores, ya lo intuía en su tiempo⁽⁷⁾.

“El hecho de que estés imaginando el cerebro no significa que puedas dejar de usar la cabeza”. (Cacioppo y cols., 2003).

He elegido esta cita de un renombrado cognitivista, que reúne humor y lucidez autocrítica, a la vez que tiene en cuenta la complejidad propia del ser humano. Complejidad que a veces olvidan quienes comparan su cerebro con una computadora y que ahora se replantea con la emergencia imparable de la inteligencia artificial.

El lenguaje humano ha tenido un largo recorrido en el desarrollo de varias disciplinas científicas. Todas ellas han oscilado entre dos polos teóricos: el innatismo (la capacidad de hablar del ser humano es innata) y el culturalismo (nadie hablaría si no nace y se desarrolla rodeado de personas hablantes). Mencionaré solamente algunos de los mojones que han marcado este camino y que me parecen tener más relación con nuestro tema.

La cuestión básica de si es antes la acción (lo que hacemos) o el pensamiento (las ideas que necesitamos expresar hablando) es fundamental. Han tratado de responder a ella los más importantes teóricos del desarrollo de la mente humana, que siempre han señalado la necesidad de comprender las cosas desde la observación del desarrollo infantil. Freud, se interesó por el origen y naturaleza de las primeras representaciones mentales e intuyó que el primer pensamiento es la *“satisfacción alucinatoria del deseo”*. Lo que equivale a decir que el primer pensamiento rememora experiencias de satisfacción corporal... y la imagen de quienes la alimentan. Y eso es lo que designarán las primeras palabras del bebé. Wallon lo tuvo claro y tituló su obra fundamental *“De la acción al pensamiento”*:

lo primero es el movimiento, hacia el encuentro con el otro y lo segundo su representación mental; el bebé evoluciona “de la motricidad al lenguaje”. Piaget caviló mucho para darnos su epistemología genética, según la cual el niño construye sus conocimientos a través de sus propias acciones. Su psicología constructivista explica cómo el niño piensa acerca de lo que va experimentando con su actividad lúdica y transformadora. Aunque él dedicó incontables horas a observar al juego de sus hijos, su teoría, un tanto solipsista, parece más interesada por la cuestión de lo que se organiza dentro de la mente que por el mundo de las relaciones sociales que rodean al juego. Fueron quienes se interesaron más por el entorno social de la infancia los que señalaron que la construcción de una actividad motriz ordenada, acompañada por alguien que ayuda a organizarla y que lo hace con un placer compartido, es fundamental no solo para organizar el esquema corporal y una dinámica motriz más armoniosa, sino también para estructurar el psiquismo. A su manera, lo describió Winnicott, defensor de la función estructurante materna, cuya acción y cuidados son fundamentales para estructurar un psiquismo estable y sano. Bowlby prolongó los descubrimientos etológicos para subrayar la importancia del apego interhumano, insistiendo en que el ser humano busca antes el contacto con alguien que las satisfacciones corporales placenteras... que también le aportará (parece sencillo de entender, pero diferentes escuelas psicoanalíticas -las más “pulsionalistas” y las más “objetalistas”- se debatieron defendiendo la prioridad de lo uno o de lo otro, aunque los menos escolásticos se empeñaban en verlo todo como compatible e inseparable y lamentaban tanta diatriba en defensa de la pureza ideológica).

La aparición de Chomsky revolucionó las ideas vigentes en su tiempo al postular que los niños nacen con un conocimiento gramatical innato, genéticamente programado, y que no necesitan aporte exterior para captar- sin conocerla ni haber recibido enseñanzas al respecto- la complejidad del lenguaje y comprender la estructura lógica de *cualquier* lengua humana. Postulaba la existencia de un “órgano del lenguaje”, un “módulo cerebral específico y universal”, capaz de captar la compleja estructura gramatical común a todas las lenguas existentes. Entendía además que todo lenguaje es un sistema

interno de reglas, una lógica que sirve de principio universal para todas las lenguas. Con ello cuestionaba las ideas de Piaget según las cuales lo cognitivo resultaba del aprender por la experiencia, del espíritu indagador del niño. Aunque ya antes Vygotsky y Wallon habían reprochado a Piaget que no tuviera más en cuenta el aporte del entorno, la cultura y las relaciones sociales, hasta los “neopiagetianos” se vieron obligados a matizar que no todo lo cognitivo resulta de aprender por la experiencia.

Muchos lingüistas han cuestionado después las ideas de Chomsky y mostrado que las lenguas del mundo son más diversas de lo que predijo y presentan muchas excepciones a sus reglas, supuestamente universales, y se posicionaron también mayoritariamente a favor del necesario aporte social para aprender los diferentes patrones lingüísticos de cada sociedad.

Son también muchos los autores que, desde otras perspectivas, subrayan el carácter social del lenguaje humano. Sin duda el pensamiento de Tomasello⁽⁸⁾, entre otros, lo sintetiza muy bien. Al igual que otros antropólogos sociales evolucionistas interesados en la eclosión de la cognición en el homo sapiens, sostiene que el lenguaje verbal, exclusivamente humano, surgió inicialmente a través de los gestos (indicar, señalar) y no de los sonidos (tal como Frankl intuyó). La acción cooperativa (señalar peligros, avisar de la presencia de objetos vitales, compartir actividades de interés común) precedió al uso de palabras y símbolos que constituyeron luego el lenguaje. La actitud cooperativa de compartir actividades de interés común precedió y obligó a crear un lenguaje verbal comunicativo que necesitó dos elementos previos fundamentales: la atención conjunta, que permite aunar intereses comunes, y la capacidad de pensar que el otro piensa, de percibir la actividad y los estados mentales ajenos (lo que otros han llamado una teoría de la mente). Hipótesis que coincide totalmente con quienes han estudiado el desarrollo psíquico temprano del bebé humano y de las relaciones propias de la crianza, insistiendo sobre la atención conjunta como base fundamental que permite los intercambios activadores epigenéticos⁽⁹⁾.

Su importancia en la adquisición del lenguaje, en la cognición social (en el funcionamiento del cerebro social) y en la comunicación humana ha sido resaltada por varios autores, procedentes del campo psicoanalítico (desde Winnicott a Hobson, pasando por Stern y otros)

y de otras corrientes teóricas. Se atribuye a Bruner el inicio de la investigación sobre la atención conjunta, explorando con bebés de 2-3 meses su capacidad de seguir la mirada intencional de un adulto hacia un objeto. Fue este autor quien sugirió su importancia en el desarrollo lingüístico⁽¹⁰⁾. Trevarthen (1993) señaló la importancia de la atención conjunta para la comprensión de la intersubjetividad y la regulación emocional compartida con el adulto⁽¹¹⁾. Hobson (2005) también ha insistido en la importancia que atención conjunta e intersubjetividad tienen para el desarrollo cognitivo y social. Señala su relación con la identificación y la conexión emocional cuya alteración es esencial en el autismo, derivado este de la incapacidad para compartir emociones y comprender intenciones ajenas⁽¹²⁾. Postula así un componente emocional y no cognitivo en la dificultad para comprender el pensamiento del otro, aportando otros elementos diferentes a la denominada “teoría de la mente”.

Este planteamiento -el lenguaje surge de una actitud social cooperativa y de actos compartidos orientados hacia logros comunes- enlaza con las ideas de otros autores sobre el desarrollo temprano (además de Wallon, “el lenguaje va del acto a la palabra”, Vigotsky insistió en los orígenes sociales generadores del lenguaje). El peso de lo social, de la importancia de la relación con el otro, se ha mantenido en autores posteriores (Bruner, 1983, entre otros).

Volviendo al **texto de 1943**, que deslumbraría a Kanner, Frankl considera en él que el *lenguaje afectivo*, más tarde incluido como parte esencial del *contacto afectivo*, es el problema nuclear de lo que aún nadie había denominado “autismo infantil” aunque ambos, Frankl y Kanner, debatían sobre las características fundamentales que podían ayudar a entender el sorprendente y desconcertante funcionamiento de los niños cuyo estudio clínico compartían. Aún no los designaban como “autistas”, aunque el “autismo” fuera parte esencial de su mundo psíquico y de las situaciones y comportamientos “inexplicables” que trataban de desentrañar, fundamentalmente a través de sus comportamientos... y de su lenguaje. Ya hemos señalado que todo indica que fue Frankl quien ayudó a Kanner a interesarse por los peculiares diálogos mantenidos con “Donald”, al fin y al cabo el primer niño “autista” de la historia, “el caso número 1” del



Colectión de Revistas de Investigación Infantil (Zeitschrift für Kinderforschung) donde Georg Frankl publicó, en 1934, su artículo “Mandar y obedecer. Un estudio de educación especial” (Befehlen und Gehorchen. Eine heilpädagogische Studie). Foto propiedad de Antiquariat Christian Strobel (VDA/ILAB).

texto fundador del “autismo infantil precoz”... de Kanner quien, por cierto, no lo bautizó así hasta más tarde, eligiendo antes incluirlo entre sus once “trastornos autísticos del contacto afectivo”. También Asperger, sin citar a Frankl, “reconoció” años más tarde (en 1977!) que: “*si mi atención no hubiera sido atraída hacia los signos corporales de los estados afectivos, jamás hubiera sido capaz de discernir la personalidad autista*”.

Pero en el mundo occidental anglófono Frankl se quedaría solo y silencioso en la defensa del papel fundamental del mundo afectivo del autista... y de la posibilidad y necesidad de entenderlo... para tratarlo.

Muchos años más tarde, **en 1957**, en su **proyecto -abandonado- de tesis doctoral**, Frankl se plantea un intento de esforzarse en captar el lenguaje afectivo que se esconde en palabras “repetidas hasta la monotonía” y bajo comportamientos “carentes de sentido”.

Ya mucho antes, en 1933, lo había manifestado: “**Si aprendéis a conocerlos**, estos

niños resultan ser seres humanos con sentimientos, deseos, esperanzas y con sufrimiento... y entonces lo que parece malo no es más que debilidad”⁽¹³⁾.

Relata, en su proyecto, nueve casos, ocho niños y una niña, describiendo sus intentos de hacerse entender y de relacionarse. Su empatía, con ellos y con los intentos de acercarse y de poder entenderlos de sus madres y padres, resulta tan conmovedora que me parece un texto recomendable para que quienes inicien su formación en el trabajo con autistas atisben el duro trabajo que les espera. A riesgo de resumir excesivamente y desnaturalizar así la profundidad del texto, selecciono algunos de sus comentarios: “*Los autistas muestran siempre signos de ser conscientes de la gente que les rodea, en particular son importantes las personas de las que dependen para sus necesidades cotidianas (...) conocen las satisfacciones y placeres cotidianos que ofrecen (...) y cooperan con ellas en diversas actividades, a condición de que les conozcan bien y respondan a sus necesidades particulares (...)*”

esperan sus servicios en el buen momento y, a su manera, los exigen (...) reaccionan con explosiones violentas si los adultos no se comportan como ellos esperan causándoles con ello dolorosas violaciones de sus rutinas cotidianas y de su hipersensible sistema perceptivo (...) podemos preguntarnos cómo puede establecerse una comprensión y una cooperación suficientes si los canales de comunicación normales son inaccesibles o están destruidos (...) una cierta comprensión del lenguaje hablado -con palabras- está siempre conservada (...) algunas palabras o expresiones elementales se transforman en signos utilizados intencionalmente para provocar efectos bien definidos (...) las acciones de la rutina cotidiana de un niño crónicamente autista y las de su madre están con frecuencia increíblemente coordinadas (...) aunque tengan déficits intelectuales, son personas y no simples cerebros que funcionen exclusivamente en términos automáticos de estímulo-respuesta (...) son capaces de acciones intencionales con objetivos precisos y hacen tentativas deliberadas de comunicar sus deseos a otra persona (...) frases elementales o más estructuradas, pero de gran inflexibilidad sintáctica y gramatical, tienen una utilidad sorprendente (...) así aprenden o reaprenden a hablar, tras un periodo precoz con un lenguaje automático, semejante a un estímulo-respuesta inflexible, se va desarrollando en conjunción con otros comportamientos ritualizados (...) la lengua fluida, gramatical y sintácticamente flexible no se desarrolla hasta más tarde (...) la mayor parte de niños esquizoides saben o sienten que les falta algo y son dolorosamente conscientes de que sus experiencias son incompletas o diferentes de las de sus compañeros”.

Partiendo del conocimiento de estas dificultades de comunicación, Frankl diseña su posición y su proyecto (de investigación) clínica y terapéutica: “*trataremos de demostrar que los autistas manifiestan afectos y emociones, incluso cuando no encuentran expresiones simbólicas comunicativas y cómo se esfuerzan en reconstruir un nuevo lenguaje afectivo*”. Completa su proyecto con una detallada sistematización de las dificultades de lenguaje -afectivo y verbal, de gestos y de palabras- así como una descripción de las etapas que presentan los autistas en la evolución de sus intentos de comunicación.

Pero el propio Frankl, tras su paso por el hospital de Kanner, se fue centrando en un tema más

más amplio, las “anomalías del lenguaje” en la infancia, y el término “trastorno del contacto afectivo” va perdiendo peso y presencia en su trabajo. Previamente, había insistido en la gran variabilidad clínica de las formas de expresión de los autistas, inherentes a las formas extremadamente heterogéneas de perturbaciones del contacto afectivo que presentan o, para decirlo más empáticamente, padecen. Con ello se mostraba conocedor de un amplio y variable abanico de posibilidades de evolución clínica que muchos años después, cuando tuvo conocimiento de ello a través del texto de Asperger, serviría a Lorna Wing para afianzar su concepto de *espectro*, hoy consagrado universalmente por el DSM-5 y sin duda responsable del crecimiento exponencial de diagnósticos de TEA... que incluyen muchos casos clínicos que nunca hubiéramos considerado autistas ni diagnosticado de autismo durante las décadas previas al predominio social y profesional de este “nuevo” y exitoso término diagnóstico⁽¹⁴⁾.

Esta “actualización” -y su mal uso posterior- ha convertido lo que -en Frankl, Kanner y Asperger- era la descripción de la variabilidad clínica y evolutiva de los diversos autismos, en un concepto diagnóstico unificador, englobador y estático que ha difuminado el matiz de incertidumbre clínica y de diferenciación psicopatológica que tanto hizo cavilar a aquellos autores, que intentaban encontrar una denominación original y única para un grupo de niños variopintos y desconcertantes que no encajaban en las nosologías conocidas. Además, la escuela londinense (Wing, Frith, Baron-Cohen) basándose en el influyente trabajo del cognitivista John Morton y en la senda que abrió Rutter definiendo el autismo como un problema cognitivo (y no afectivo), desarrollaron sus “modelos” de comprensión de las “teorías de la mente” que, para ellos, caracterizaban al autismo y que durante años han marcado las ideas predominantes vigentes respecto al autismo considerado “científico”. Numerosos autores han señalado las razones clínicas que les hacen cuestionar la generalización de estas teorías y matizan que las diferencias y particularidades que caracterizan al pensamiento autista les hacen defender que es un pensar “diferente” en vez de “limitado” por sus carencias. En particular Mottron (2004, 2012), que ha integrado en su equipo investigador a Michelle Dawson, persona autista e investigadora de élite. Critican que las valoraciones del autismo se hagan considerando que sus diferencias con el pensamiento y el lenguaje “normo-

típico” resultan de limitaciones y deficiencias, sin considerar que sus peculiaridades, construidas como único medio para poder amoldarse al mundo social, constituyen una especificidad original, que los hace distintos, “neurodiversos”. Particularmente interesados por la evolución del lenguaje verbal en el autismo y su correlación con la mejoría de sus relaciones sociales, han estudiado las sorprendentes y variadas modalidades de aparición y organización del lenguaje autista y han aportado también nuevas ideas sobre lo que sirve o no sirve para favorecer su eclosión y desarrollo. Lo hacen desde una posición pragmática que compara resultados a medio y largo plazo de diferentes tipos de intervención, dejando de lado la actual pretensión de ciertas intervenciones y autores que reivindican la pureza científica de sus metodologías y su eficacia terapéutica incuestionable. En un texto, cuyo subtítulo declara toda una definición de su posición clínica y teórica, cuestionan muchas afirmaciones partidistas gratuitas⁽¹⁵⁾. Otros autores, numerosos y diversos, han introducido, sin tener conocimiento de las ideas de Frankl, quien a su vez tampoco pudo conocerlas y apoyarse en ellas, la comprensión de los inicios del lenguaje y del pensamiento desde una perspectiva interaccional de las relaciones interpersonales tempranas⁽¹⁶⁾.

Volviendo al artículo de 1943, publicado junto al texto fundacional de Kanner, Frankl partía en él de la centralidad del lenguaje como medio privilegiado de comunicación en las relaciones humanas. Basándose en la descripción clínica de “*Karl K.*” un niño que había conocido en Viena, afectado de esclerosis tuberosa y ejemplo claro de falta de contacto afectivo, detallaba ordenadamente las ocho características de su lenguaje: “1. No usa palabras; 2. Tiene una comprensión muy limitada de las palabras que oye; 3. No tiene lenguaje emocional; 4. Es insensible al lenguaje emocional que se le dirige; 5. Cuando estás con él, experimentas no estar en contacto emocional; 6. Sus relaciones con los otros son muy limitadas; 7. Se comporta como si no diferenciara entre personas y objetos inanimados; 8. No muestra ninguna tendencia a comunicar”. Complementaba estos datos con una descripción de su comportamiento: “no habla; le consideran sordo; no te mira a los ojos; no muestra ningún interés por las personas que le hablan; se desplaza sin objetivo alguno; se balancea sentado; muestra impulsividad agresiva hacia sus compañeros a los que trata como objetos; utiliza al otro como herramienta y lo desecha si molesta...”.

Era una descripción superponible a los casos de “psicopatía autista” de Asperger o a los que luego quedarían catalogados como “autismo de Kanner”. Curiosamente tanto Asperger como Kanner conocieron y describieron múltiples casos con muy diversos grados de limitación o de capacidad intelectual (desde la deficiencia mental severa hasta los “conocimientos prodigiosos”). Pese a ello, los estereotipos sociales predominantes atribuyeron al “autismo de Asperger” mejores capacidades intelectuales y lingüísticas y al “autismo de Kanner” una mayor afectación del lenguaje y de sus capacidades cognitivas. Esta “aceptación” o “transformación” social de un diagnóstico médico muestra que, ya desde sus inicios, la configuración del concepto de autismo quedaría rediseñada en diferentes etapas, por motivos que poco tienen que ver con la clínica pero que han influido mucho en las sucesivas clasificaciones diagnósticas psiquiátricas, aunque estas pretendan autodefinirse como basadas únicamente en razones científicas. La aparición y desarrollo del concepto de discapacidad y sobre todo la importancia de las medidas sociales acompañantes que han ido acarreado, han transformado no solo la visión social del autismo sino la modificación radical de muchas ideas -y prácticas- dominantes en la psiquiatría (y en los servicios sociales y educativos que han complementado o desplazado a la oferta de servicios sanitarios).

Frankl tampoco desconocía la frecuencia con que diversos cuadros patológicos orgánicos (la esclerosis tuberosa en el ejemplo citado) acompañaban a las dificultades de contacto autísticas. También aquí se mantuvo a distancia de las simplificaciones de su época, evitando atribuir a los cuadros orgánicos la causalidad directa de las dificultades autísticas. Prefirió considerar que las causas etiológicas, desconocidas, eran múltiples y que los trastornos orgánicos “asociados” o “acompañantes” tenían un efecto causal sobreañadido, pero no exclusivo. Intuía muy bien la complejidad del cerebro y la del lenguaje, que la ciencia posterior ha ido confirmando. Por eso se interesó por entender los mecanismos íntimos del lenguaje y su papel en la comunicación humana y en los orígenes del psiquismo precoz.

Desde nuestra perspectiva actual resulta emocionante, en la lectura de sus textos, ver que sus intuiciones e ideas se adelantan a lo que actualmente sigue despertando el interés de cuestiones nucleares para varias ciencias

humanas: *“He consagrado un interés particular a la cuestión de **saber cómo la incapacidad para ligar relaciones sociales y emocionales influye el lenguaje de gestos. En las relaciones con la gente, el lenguaje gestual no es en absoluto menos importante que el lenguaje de palabras. La función principal de las palabras es la simbolización de hechos objetivos y su comunicación a otras personas. Los gestos, y no las palabras, son los símbolos apropiados para las emociones, los afectos y los humores. A fin de cuentas, los trastornos que afectan a la relación con personas derivan de trastornos del lenguaje gestual (...) solamente he considerado casos extremos que se prestan bien a ser analizados, pero pienso que un análisis similar es igualmente posible en numerosos casos menos graves, pero igualmente caracterizados por un trastorno similar de las relaciones sociales y emocionales (...) estamos habituados a considerar los gestos como una reliquia superflua de la época en la que los ancestros del Homo Sapiens, carentes de palabra, pero necesitados de comunicarse, utilizaban acciones motrices y vegetativas para intimidar enemigos o atraerse amigos (...) los casos descritos muestran más bien que los gestos no son simplemente un vestigio transitorio de tiempos antiguos (...) parece más bien que la comunicación de emociones a través de gestos simbólicos tiene una función importante y bien consolidada que en ningún caso está destinada a extinguirse mientras las emociones juegan un papel importante en las interacciones humanas”.***

Los conocedores de la filosofía del lenguaje de Wittgenstein⁽¹⁷⁾, autor contemporáneo de Frankl, se sorprenderán de la cercanía entre algunas de las ideas de ambos. Desconozco si Frankl pudo tener conocimiento alguno de la obra de Wittgenstein, aunque todo parece indicar que no tuvieron entre sí ningún conocimiento mutuo, ni personal, ni entre sus ideas. Quizás sea una conjetura disparatada, pues trabajaban en terrenos distintos, pero sin duda esta coincidencia en sus ideas lleva a preguntarse sobre tal eventualidad, siempre posible dada la conocida cultura “interdisciplinaria” existente en la intelectualidad germanoparlante de la época. La personalidad del filósofo, que sus biógrafos han calificado de “probable Asperger” y que destacó por su personalísimo, genial e inaccesible lenguaje,

es otro cabo que me ha conducido a pensar en alguna posible conexión entre ambos⁽¹⁸⁾. Por ejemplo, Wittgenstein propone que no hay una esencia común en las palabras, lo importante no es su significado, sino cómo se usan en la práctica social (“en la vida, en los juegos del lenguaje”): *“si quiero indicarle a una persona el rumbo que ha de seguir, señalo esa dirección con el índice (...) es parte de la naturaleza humana comprender el acto de señalar de esta manera (...) el lenguaje de los gestos es primario, en un sentido psicológico”.* Frankl insiste en que el autista se comunica recurriendo a los gestos antes de poder utilizar palabras.

La lectura del citado antropólogo evolucionista Michael Tomasello, quien por cierto encabeza los capítulos de su principal texto con citas de Wittgenstein, suscita también muchas preguntas acerca de la proximidad entre las ideas actuales de la antropología social y las del desarrollo psicológico temprano, respecto a la emergencia del lenguaje humano. Y, sobre todo, colocan al autismo en el punto central de la comprensión de los orígenes del psiquismo.

Los humanoides fueron accediendo al lenguaje progresivamente, durante millones de años, y el ser humano, debido a las prodigiosas posibilidades de su inmaduro y plástico cerebro, también lo hace así, pero progresando vertiginosamente desde que nace a lo largo de sus primeros meses y años de infancia. Como la ciencia de la evolución ha sostenido, la ontogenia de cada ser individual repite las leyes de la filogenia general de las especies. Frankl, aludiendo al lenguaje como resultado de la evolución, nos recuerda sin decirlo una de las paradojas del autismo. Algo hay en los componentes de este grupo humano que les lleva a sobrevivir a su manera a pesar de, o precisamente por, no disponer de la herramienta más importante para poder apegarse a las personas que les rodean. Apego, o desapego distinto, que puede salvarles de la profunda desconexión en la que su programa genético les hace nacer, dificultando que reciban las aportaciones -epigenéticas- de su entorno que enriquecen su cerebro y completan sus potencialidades genéticas.

Este planteamiento -el lenguaje surge de una actitud social cooperativa y de actos compartidos orientados hacia logros comunes- enlaza con las ideas de otros autores sobre el

desarrollo temprano. Enlaza también con lo que siempre ha sido el meollo de los intentos terapéuticos por lograr actividades que consigan una vinculación humana con las personas afectadas de autismo. Como es sabido, para intentar lograrlo, las intervenciones terapéuticas actuales han buscado los espacios “naturales” y las actividades que surgen “espontáneamente”.

Tratan así de apoyarse en ellas para lograr la repetición de experiencias placenteras compartidas que, quizás, encuentren en la atención conjunta la eclosión de palabras comunes que las nombren y que suelen aparecer tras ser precedidas de indicaciones y gestos, de comunicación corporal.

Pero en el debate entre “innatistas” y “culturalistas” sigue habiendo cierta tensión entre posiciones contrapuestas que también incluyen al autismo entre sus puntos de interés

El innatismo de Chomsky emparentó más tarde con la posición de Rutter. Cuando junto con Schoppler, en 1979, ambos asumen la nueva dirección de la revista *Journal of Autism and Childhood Schizophrenia*, fundada por Kanner en 1971, escriben junto con Stella Chess, antigua redactora, un editorial en el que anuncian y promocionan una “revolución” en las ideas vigentes hasta entonces sobre el autismo.

Junto a un nuevo título para la revista, ahora *Journal of Autism and Development Disorders*, plantean que “*el autismo no es un problema de inadecuación afectiva sino de limitación cognitiva*” que consideran vinculada a una *problemática neurológica determinada genéticamente* ⁽¹⁹⁾.

Emparenta también este posicionamiento con los planteamientos posteriores de influyentes autores londinenses (Wing, 1981; Frith, 1991;

Baron-Cohen, 1991). Anteriormente, he citado un autor que señala que la lectura que se ha hecho de los textos clásicos sobre el autismo, a partir de la traducción del alemán al inglés por la escuela londinense, ha alterado y sesgado su comprensión (este autor lo llama la “versión moderna” del autismo. Todd, 2015). Es cierto que progresivamente esta visión del desarrollo neurológico autístico ha ido incluyendo, con cuentagotas, la toma en consideración de factores epigenéticos y relacionales. Pero sigue concediendo una prioridad determinante a los factores neurológicos y genéticos y ha marcado con su peso las líneas de investigación y los procedimientos exploratorios utilizados que, por sus características (imagen cerebral, estudios genéticos, bioquímica molecular, etc.), han sido patrimonio del mundo médico hospitalario que entiende que es el único autorizado para calificar como científicos, según sus criterios, los hallazgos y opiniones relativas al autismo ⁽²⁰⁾.



Jóvenes pacientes en convalecencia en una terraza del cuarto piso del Hospital Infantil Universitario de Zürich en 1935. Creative commons/Baugeschichtliches Archiv. Swissinfo.ch

Sin embargo, quienes conviven largo tiempo y de cerca con autistas siguen esperando que la aplicación de estas investigaciones aporte algo a los procedimientos terapéuticos y educativos que mejoren su evolución y destino. Esperemos también que alguna vez reflexionen sobre qué es lo que hace que, en ciertos casos, desafortunadamente los menos frecuentes, desarrollen sofisticados conocimientos y un sorprendente lenguaje. Mientras llega ese momento, quienes creemos en los efectos positivos de comprometerse con ellos en una relación humana protectora y delicada, tendremos que insistir en que este acompañamiento puede ser un valor de probada eficacia que merece ser considerado, también por la metodología científica, como uno de los elementos importantes de la “multifactorialidad” hoy aceptada de los componentes evolutivos del autismo.

Se evitaría con ello la prolongación de una línea de continuidad desde la vieja versión de una neurobiología cerebral estática (las estáticas “áreas cerebrales del lenguaje” de Brocca y Wernicke) hasta ciertas concepciones actuales del determinismo exclusivamente “neuro-cerebral”, sin componentes socio-relacionales, del lenguaje. No es casualidad que un neurofisiólogo, actual especialista en la investigación de las actividades neuronales cerebrales, esté dedicando especial atención a desmontar lo que ha denominado “la burbuja de la psiquiatría biológica” y sus exageradas propuestas “neuro-esencialistas” (Gonon, 2011, 2024).

La inmadurez del bebé humano le impide sobrevivir en soledad: ¿cómo y por qué es posible que el bebé autista, pese a que esquiva el contacto, corporal y afectivo, pueda sobrevivir? ¿Cómo no atribuirlo, la experiencia clínica lo confirma, a los esforzados intentos de atraerlo a la relación humana que su entorno pone en marcha con entusiasmo y, a veces, con lógica desesperación? ¿Cómo no va a afectar al acceso, al aprendizaje de lo que ha sido un prodigio de la evolución humana, el lenguaje? ¿Puede su entorno, familiar, educativo o terapéutico, tratar de suplir el fallo y atasco del acceso al lenguaje que los mecanismos genético-neuronales básicos condicionan? ¿Existe una vía interactiva utilizable y eficaz para compensar las limitaciones derivadas de la alteración causal? Preguntas con difícil respuesta frente a las que la epigenética ha permitido concebir algunas esperanzas. Esperanzas que unidas al sorprendente acceso

al lenguaje que algunos autistas alcanzan, frecuentemente con ayuda exclusivamente familiar y escolar, sin otras ayudas profesionales, abren la posibilidad de plantearse cuales pueden ser los entornos y actividades más favorables a la eclosión en su evolución psíquica, muchas veces sorprendente e inesperada, de un lenguaje verbal distinto, complejo, pero comunicativo⁽²¹⁾.

Frankl postulaba el papel fundamental que los gestos motores y el contacto afectivo (y corporal) jugaban para articular lo emocional y lo verbal. Hubiera sido interesante saber adónde hubiera llegado Frankl en caso de haber conocido todas las aportaciones de las teorías intersubjetivas del nacimiento del lenguaje y de los aspectos psicopatológicos resultantes de las alteraciones vinculares tempranas. Que él no pudiera hacerlo no nos exime de conocer todos los aspectos que iluminan las teorías del apego y de las relaciones interactivas tempranas y su aplicación clínica en estas fases del desarrollo, sea normal o patológico.

Más preguntas: ¿es el autismo una alteración cerebral específica, una “condición patológica”, una diferencia cualitativa, una “categoría” distinta? ¿O es más bien una “dimensión” que podía ser de mayor o menor grado en la afectación de una función (y de las conexiones anatómicas y de la neuroquímica que regulan la actividad sináptica de complejas redes neuronales)? Aún más, ¿se puede ser más o menos autista? ¿Puede variar el grado de funcionamiento autístico desde la normalidad hasta la patología, desde el aislamiento que acompaña a la genialidad creativa hasta el que impide acercarse a los aprendizajes más básicos? ¿Y de qué depende que así sea?

Nos hemos ido acostumbrando estos últimos años al término “neurodiversidad” que trata de defender que el autismo no es patológico sino una simple “variación de la normalidad”, constituida esta por los “neurotípicos”, los socialmente considerados como sanos. Ahora, ya no serían considerados del todo diferentes los unos de los otros, salvo en el mayor o menor grado de peculiaridad de cada cual. Pocos ejemplos hay más claros de cómo las ideas sociales afectan a los criterios de normalidad que, con mayor o menor precisión en sus límites, sostenían la diferencia entre salud y enfermedad, entre lo “psicopatológico” y lo solamente “peculiar” de ciertas personalidades.

Cabe recordar que “autismo” era un término habitual en la lengua y cultura alemanas antes de convertirse en un concepto clínico y diagnóstico. Todas las personas eran consideradas “más o menos autistas” y su grado de relación social y de contacto con la realidad era un rasgo de personalidad -hoy diríamos una dimensión cuantitativa- considerada de una intensidad normal o patológica según la amplitud de las limitaciones en el acercamiento al mundo social o la persistencia en el alejamiento de relaciones personales y la rareza en la elección de intereses culturales peculiares. Ya previamente a su utilización clínica, el castellano tenía una acepción que se acopla con pertinente exactitud al uso “natural” que tenía en la cultura alemana.

Me refiero al “ensimismamiento”. Como siempre, María Moliner lo definió con su talento único. “*Ensimismarse*”: *quedarse alguien tan entregado a sus pensamientos que no se entera de lo que pasa a su alrededor* (y propone como sinónimos: abstraerse, concentrarse)⁽²²⁾.

Los tiempos modernos han introducido un corte, que es más bien administrativo y burocrático que clínico, que pasa por el grado de discapacidad, término que se va transformando, pero que siempre tiene una consecuencia invariable. Se le llame como se le llame, porque los términos han ido variando (“subnormalidad, hándicap, limitación, discapacidad, diversidad”) siempre implica la pertenencia a un grupo socialmente reconocido como adjudicatario de diversos reconocimientos y derechos que la sensibilidad social les ha ido concediendo, porque previamente han ido siendo conquistados por otras minorías sociales marginadas o maltratadas. El diagnóstico clínico se transforma y desplaza hacia una certificación de la discapacidad y de su reconocimiento legal y así lo demandan los familiares de los afectados (o ellos mismos cuando su protagonismo social ha ido siendo tolerado primero y reconocido después). Esta evolución en los términos y en las respuestas sociales, políticas e ideológicas ha sido un factor determinante en los cambios del lenguaje clínico y diagnóstico (Gil Eyal, 2010). Hasta el punto de que, socialmente, ha quedado obsoleto el lenguaje psicológico que fue habitual en la psiquiatría centroeuropea en la cual surgieron y crecieron las ideas de Frankl, de Asperger, de Kanner y de muchos otros.

¿POR QUÉ RECUPERAR UN VIEJO Y OLVIDADO TEXTO?

La mejor y más convincente respuesta sería la traducción y lectura completa del texto de 1957. En él, Frankl plasma todo lo que había hecho, lo que pensaba del lenguaje de los autistas y lo que proyectaba como líneas futuras de avance en su comprensión. Son páginas de reflexión sobre extraordinarias observaciones clínicas narradas por alguien que acompañó a niños autistas, a diario y durante muchos años, en un lugar educativo y terapéutico estable, tratando de relacionarse a través del diálogo verbal “*con aquellos que llegaban a poseer el lenguaje de la palabra (...) que solo puede surgir en ellos tras muchos intentos de hacerse comprender a través del lenguaje afectivo de los gestos*”. Su relato, de nueve casos, merece ser considerado como un hito en la historia del autismo, comparable al de los once del texto de Kanner, que, como hoy sabemos, también conoció y todo parece indicar que también aprendió de este texto y de la sensibilidad de su autor. Es muy tarde para devolverle un reconocimiento que nunca tuvo. Pero, afortunadamente, puede servir a quienes se interesan por la infancia autista para descubrir la extraordinaria emoción que impacta a quien consigue llegar a la intimidad de quienes sufren por no poder comunicarse. Para terminar, un epílogo respuesta: Pues sí, sí vale la pena tratar de hablar con las personas autistas. Sobre todo, porque lo necesitan desesperadamente y porque si nadie se ofrece quedarán condenadas al silencio.

BIBLIOGRAFÍA

- American Psychiatric Association (APA).** (2013). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (DSM-5)*. Washington: APA.
- Asperger, H.** (1938). Das Psychisch Abnorme Kind. *Wiener Klinische Wochenschrift*, 51, 1314–1317.
- Asperger, H.** (1944). Die “Autistischen Psychopathen” im Kindesalter. *Archiv für Psychiatrie und Nervenkrankheiten*, 117(1), 76–136.
- Ávila, A.** (2013). *La tradición interpersonal. Perspectiva social y cultural en psicoanálisis*. Madrid: Ágora Relacional.
- Baron-Cohen, S. y cols.** (1991). *Mind blindness. An essay on Autism and theory of mind*. Boston: MIT Press.
- Bruck-Biesok, V., Pirquet, C. y Wagner, R.** (1927). Kurze Wissenschaftliche Mitteilungen Rachitism prophylaxe. *Klinische Wochenschrift*, 6(20), 952.
- Bruner, J. S.** (1983). *Child's Talk: Learning to Use Language*. New York: W. W. Norton Co. (Trad. cast.: *El habla del niño: aprendiendo a usar el lenguaje*. Barcelona: Paidós, 1986).
- Bruner, J. S.** (1986). *Actual Minds, Possible Worlds*. Cambridge: Harvard University Press.
- Cacioppo, J., Berntson, G. y cols.** (2003). Just because you're imaging the brain doesn't mean you can stop using your head. *Journal of Personality and Social Psychology*, 85, 650–661.
- Castell, R.** (2008). *Hundert Jahre Kinder und Jugendpsychiatrie*. Gotinga: V&R unipress.
- Cohen, D. y Muratori, F.** (2024). *Les pionniers de la clinique de l'autisme*. Paris: Langage.
- Czech, H.** (2018). Hans Asperger, National Socialism and “race hygiene” in Nazi-era Vienna. *Molecular Autism*, 9, 29. doi:10.1186/s13229-018-0208-6.
- Czech, H.** (2019). *Hans Asperger, autismo y Tercer Reich. En busca de la verdad histórica*. Barcelona: NED.
- Dawson, M.** (2004). *The Misbehavior of Behaviorists: Ethical Challenges to the Autism. Blog No Autistics Allowed: Explorations in Discrimination Against Autistics* (18 de enero).
- Dobs, D.** (2022). La nueva historia del autismo. *Spectrum*, 09/11/2022. (Trad. cast.: *Autismo en Vivo*, 04/enero/2023.)
- Donvan, J. y Zucker, C.** (2016). *In a Different Key: The Story of Autism*. Nueva York: Crown Publishing Group.
- Dluzak, S.** (2019). The forgotten pioneers: The life and work on Anni Weiss and Georg Frankl. <https://www.researchgate.net/publication/337935440>. (Trad. francés: *Les pionniers oubliés de l'autisme: la vie et l'œuvre d'Anni Weiss et de Georg Frankl*, *L'Information Psychiatrique*, 97(5), 407–421, 2021).
- Feinstein, A.** (2010). *A History of Autism: Conversations with the Pioneers*. West Sussex: Wiley & Sons Ltd. (Trad. cast.: Ávila, 2016, Una historia del autismo: conversaciones con los pioneros.)
- Frankl, G.** (1934). Befehlen und Gehorchen (Mando y obediencia). *Zeitschrift für Kinderforschung*, 42, 463–479 (Teil I) y 43, 1–21 (Teil II).
- Frankl, G.** (1937a). Triebhandlungen bei Dissozialität nach Encephalitis epidemica und anderen Störungen des Kindesalters. *Zeitschrift für Kinderforschung*, 46, 401–448.
- Frankl, G.** (1937b). Über postenzephalitischen Parkinsonismus und verwandte Störungen im Kindesalter. *Zeitschrift für Kinderforschung*, 46, 199–249.
- Frankl, G.** (1937c). Die Heilpädagogische Abteilung der Wiener Kinderklinik. *Zeitschrift für Kinderschutz Familien und Berufsfürsorge*, 29(5–6), 33–38 (Teil I) y 29(7–8), 49–54 (Teil II).
- Frankl, G.** (1943). Language and affective contact. *Nervous Child*, 2(3), 251–262.
- Frankl, G.** (1957). *Autism in Childhood: An Attempt of an Analysis. Manuscrito inédito*. Lawrence, KS: Biblioteca de Investigación Kenneth Spencer, Universidad de Kansas.
- Frith, U.** (1991). *Autismo y síndrome de Asperger*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Georgieff, N. y Speranza, M.** (2013). *Psychopathologie de l'intersubjectivité*. Paris: Elsevier Masson.
- Gil, Eyal, et al.** (2010). *The Autism Matrix: The Social Origins of the Autism Epidemic*. Cambridge: Polity.
- Gonon, F.** (2011). *La psychiatrie biologique: une bulle spéculative*. Esprit, novembre.
- Gonon, F.** (2024). *Neurosciences: un discours néolibéral*. Nîmes: Champ Social Éditions.
- Grandin, T.** (2008). *The Way I See It: A Personal Look at Autism and Asperger's*. Arlington: Future Horizons.
- Grandin, T.** (2014). *El cerebro autista: el poder de una mente distinta*. Barcelona: RBA.
- Hamburger, F.** (1939). Nacionalsocialismo y medicina. En A. Swallow (Ed.), *Lecturas sobre fascismo y nacionalsocialismo seleccionadas por miembros del Departamento de Filosofía, Universidad de Colorado* (pp. 107–110). Chicago, IL: Swallow Press.

- Heller, T.** (1904). *Grundriss der Heilpädagogik*. Leipzig.
- Heller, T.** (1914). *Paedagogische Therapie für praktische Ärzte*. Leipzig.
- Hobson, R. P.** (2005). What Puts the Jointness in Joint Attention? <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199245635.003.0009>
- Hobson, R. P.** (2005). *Joint Attention: Communication and Other Minds: Issues in Philosophy and Psychology*. En N. Eilan (Ed.), Oxford: Oxford University Press.
- Hochmann, J.** (2020). L'affaire Asperger. *L'Information Psychiatrique*, 96, 67–72.
- Insel, T. y cols.** (2010). Research domain criteria (RDoC): Toward a new classification framework for research on mental disorders. *American Journal of Psychiatry*, 167(7), 748–751. doi:10.1176/appi.ajp.2010.09091379
- Kanner, L.** (1935). *Psiquiatría infantil*. Springfield, IL: Charles C Thomas Publisher Ltd.
- Kanner, L.** (1943). Autistic disturbances of affective contact. *Nervous Child*, 2, 217–250.
- Klein, M.** (1978). L'importance de la formation du symbole dans le développement du moi. En *Essais de psychanalyse*. Paris: Payot.
- Lasa Zulueta, A.** (2022). *El autismo: una perspectiva integradora y psicodinámica*. Barcelona: Herder.
- Lasa Zulueta, A.** (2023). *El autismo sin nombre. El autismo infantil y la psiquiatría: olvidos, búsquedas y desencuentros*. Bergara: autoedición.
- Lazar, E.** (1923). Die Heilpädagogische Abteilung der Kinderklinik in Wien. *Zeitschrift für Kinderforschung*, 28, 161–174.
- Lazar, E.** (1927). *Probleme der Forensischen Jugendpsychiatrie*. Viena: Hölder-Pichler-Tempsky.
- Lotz, D.** (2000). Theodor Heller (1869–1938). En M. Buchka, R. Grimm y F. Klein (Eds.), *Biographies of Important Curative Teachers in the 20th Century*. Munich–Bâle.
- Lucchelli, J. P.** (2021). Georg Frankl: The third or first man in the genesis of autism? *Vertex Rev. Arg. Psiquiatr.*, 32(151), 55–61.
- Manouilenko, I. y Bejerot, S.** (2015). Sukhareva—Prior to Asperger and Kanner. *Nordic Journal of Psychiatry*, 69(6), 479–482.
- Michaels, J. J.** (1935). La estancia pedagógica de la clínica infantil de la Universidad de Viena. *American Journal of Orthopsychiatry*, 5(3), 266–275.
- Mottron, L.** (2016). *L'intervention précoce pour enfants autistes. Nouveaux principes pour soutenir une autre intelligence*. Bruselas: Mardaga.
- Muratori, F. y Bizzari, V.** (2019). *Alle origini dell'autismo. Il ruolo dimenticato di George Frankl*. Giovanni Fioriti Editori.
- Muratori, F., Calderoni, S. y Bizzari, V.** (2020). George Frankl: An undervalued voice in the history of autism. *European Child & Adolescent Psychiatry*, 27 aug 2020. doi:10.1007/s00787-020-01622-4.
- Olmsted, D. y Blaxill, M.** (2010). *The Age of Autism*. St. Martin's Press.
- Revista eipea.** (2016, noviembre). *Escoltant i Pensant els Autismes*. Semblanza biográfica de G. E. Sukhareva.
- Rizzolatti, G. y Sinigaglia, C.** (2008). *Les neurones miroirs*. Paris: Odile Jacob.
- Robison, J. E.** (2017). Kanner, Asperger, and Frankl: A third man at the genesis of the autism diagnosis. *Autism*, 21(7), 862–871. doi:10.1177/1362361316654283.
- Rosenblum, E.** (1961). Le développement de la pédagogie curative. *Enfance*, 14(2), 165–178.
- Sheffer, E.** (2018). *Asperger's Children: The Origins of Autism in Nazi Vienna*. Nueva York: W. W. Norton. [Trad. cast.: *Los niños de Asperger*. Ciudad de México: Planeta, 2019].
- Sheffer, E.** (2014). Fascist Psychiatry: Social Spirit and the Idea of Autism. Paper presented at the *Central Europe Workshop*, University of Chicago, November 12, 2014.
- Silberman, S.** (2015). *NeuroTribes: A Legacy of Autism and the Future of Neurodiversity*. Nueva York: Penguin Random House.
- Silberman, S.** (2016). *Una tribu propia. Autismo y Asperger. Otras maneras de entender el mundo*. Barcelona: Ariel/Planeta.
- Stern, D. N.** (1977). *The First Relationship: Mother and Infant*. Cambridge: Harvard University Press. [Trad. cast.: *La primera relación madre-hijo*. Las Rozas de Madrid: Ediciones Morata, 1998].
- Stern, D. N.** (1985). *The Interpersonal World of the Infant*. Nueva York: Basic Books. [Trad. cast.: *El mundo interpersonal del infante*. Buenos Aires: Paidós, 1991].
- Sukhareva, G.** (1926). Die Schizoiden Psychopathien im Kindesalter. *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie*, 60, 235–261.
- Todd, S. H.** (2015). *The Turn to the Self: A History of Autism, 1910–1944* [Tesis doctoral, Universidad de Chicago, Departamento de Estudios Germánicos].
- Tomasello, M.** (1999). *The Cultural Origins of Human Cognition*. Cambridge: Harvard University Press.
- Trevarthen, C.** (1993a). The function of emotions in early infant communication and development. En J. Nadel y L. Camaioni (Eds.), *New Perspectives in Early Communicative Development*. Londres: Routledge.
- Trevarthen, C.** (1993b). The self born in intersubjectivity: The psychology of an infant communicating. En U. Neisser (Ed.), *The Perceived Self: Ecological and Interpersonal Sources of Self-Knowledge*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Van Krevelen, D. A.** (1971). Autismo infantil temprano y psicopatía autista. *Journal of Autism and Childhood Schizophrenia*, 1(1), 82–86.
- Van Krevelen, D. A. y Kuipers, C.** (1962). La psicopatología de la psicopatía autista. *Acta Paedopsychiatrica*, 29, 22–31.
- Vygotsky, L. S.** (2010). *Pensamiento y lenguaje*. Barcelona: Paidós.
- Weiss, A. B.** (1935). Qualitative intelligence testing as a means of diagnosis in the examination of psychopathic children. *American Journal of Orthopsychiatry*, 5(2), 154–179.
- Westphal, A., Schelinski, S., Volkmar, F. y Pelphey, K.** (2013). Revisiting regression in autism: Heller dementia infantilis. *Journal of Autism and Developmental Disorders*, 43(2), 265–271.

Wing, L. (1981). Síndrome de Asperger: un relato clínico. *Psychological Medicine*, 11(1), 115–129.

Winnicott, D. W. (1965). *The Maturational Processes and the Facilitating Environment*. Londres: Hogarth Press. [Trad. cast.: Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Barcelona: Paidós, 1993].

Wittgenstein, L. (2005). *The Big Typescript: TS 213*. Oxford: Blackwell.

NOTAS ANEXAS

1. Frankl, G. (1934) Befehlen und Gehorchen (Mando y obediencia). *Zeitschrift für Kinderforschung*, 42: 463-479; y 43: 1-21.

2. Este y otros comentarios de Frankl y de Anni Weiss, se parecen mucho a otros casi idénticos del texto de Asperger de 1944. Quien mejor lo ha detallado ha sido Todd (2015), que lo ha cotejado exhaustivamente en los textos originales en lengua alemana de todos ellos. Tras leer su tesis doctoral resulta razonable su opinión de que hay que atribuir a ellos el origen de muchas de las observaciones clínicas que Asperger incluye en sus textos como propias. También insiste en que con su traducción al inglés (Wing y Frith, 1981) el término original de “autismo” quedó desnaturalizado y su (errónea) comprensión marcó lo que llama la “versión moderna” del autismo, que critica abiertamente.

3. Los lingüistas relatan con claros ejemplos el sentido oculto, pero perfectamente inteligible, que puede esconderse bajo las palabras. Ejemplo: Una madre vuelve a su casa tras haber dejado solo a su hijo. Al entrar ve un jarrón roto y exclama: “¿qué ha pasado aquí?”. El niño responde inmediatamente: “yo no he sido”. La “teoría de la mente” del niño ha deducido inmediatamente que es lo que verdaderamente quería saber su madre pese a la distancia existente entre su pregunta “inocente” y su tono de indagación y sospecha respecto al autor del estropicio.

4. No en vano, el debate de si a los niños sordos y a los deficientes se les debía enseñar o prohibir el lenguaje gestual “de signos” para favorecer que adquirieran el lenguaje verbal “de palabras” tenía un recorrido previo de más de un siglo en la pedagogía especial.

5. Cuestión que constituiría el meollo de los conflictos entre Lovaas y las asociaciones de padres de autistas, unos partidarios y otros opuestos a sus métodos terapéuticos, para unos necesarios y para los otros de una violencia inadmisibles. También algunas destacadas personas autistas (entre otras Michelle Dawson, 2004 y Temple Grandin 2008 y 2014) han manifestado públicamente sus críticas a las imposiciones terapéuticas que sufrieron por parte de terapeutas de orientación conductual. Otros testimonios también han criticado intervenciones autoritarias e intrusivas de terapeutas de otras orientaciones (en particular las que practicaba Bettelheim en su escuela ortogénica de Chicago).

6. Comentario que apunta a un tema complejo, de larga historia y todavía vigente actualmente: las relaciones y diferencias, conceptuales y clínicas, entre déficit intelectual y autismo (Lasa Zulueta, 2022. Cap. “Sobre la inteligencia de los autistas” págs. 379-385).

7. Recuerda la actitud de Cajal, quien confiaba en que los futuros logros científicos confirmarían su afirmación revolucionaria, que las conexiones neuronales se modifican y no son estáticas ni definitivas.

8. Michael Tomasello, investigador especializado en la comunicación de los primates, en su evolución hacia el lenguaje y la cognición humanas, ha resumido sus experiencias y deducciones en varios textos que, en mi opinión, todos los interesados por el nacimiento y desarrollo del lenguaje temprano y sus alteraciones en el autismo deberíamos conocer (Tomasello, 1997, 2007 y 2013).

9. También el descubrimiento de las neuronas espejo ha venido a confirmar la existencia de una predisposición cerebral a estar atento y reaccionar hacia lo que interesa al vecino cercano (Rizzolati, 2008).

10. Jerome Bruner (1915-2016). A su inicial visión cognitivista del desarrollo, añadió una perspectiva social y cultural, con su concepto de “andamiaje” (el apoyo en el adulto y la interacción con él). Su interés por el papel de la atención conjunta en la construcción de los modos progresivos de representación del lenguaje (enactivo, icónico y simbólico-narrativo) ha estimulado la creatividad de quienes intervienen con autistas a la hora de facilitarles diferentes modos de expresión.

11. Colin Trevarthen (1931-2024). Su gran influencia en la comprensión del desarrollo emocional y la intersubjetividad en el desarrollo temprano y su interés por el juego y las canciones que facilitan el ritmo emocional compartido ha inspirado todo un campo de investigaciones sobre el desarrollo temprano y también sobre la comprensión del autismo temprano y el diseño de las intervenciones más adecuadas.

12. R. P. Hobson (2004), desde su perspectiva psicoanalítica, ha estudiado la atención conjunta y la intersubjetividad e investigado sobre las dificultades con ambas en el autismo. Ha insistido en los componentes emocionales e interactivos en la relación terapéutica con autistas.

13. Asperger escribió insistentemente sobre la “maldad” y la “sensación placentera” de destruir” de los niños autistas. Una perspectiva “ético-moral” errónea sobre la cuestión, alejada del sentido que tenía para Asperger, puede afectar a un entendimiento correcto del significado que tenía en el mundo educativo y en las ideas psicológicas y psiquiátricas de la época. Por ejemplo, ha llevado a Sheffer a acusar a Asperger de favorecer las políticas criminales nazis de exterminio de niños deficientes y autistas, basadas en que eran “imposibles de educar” e “inútiles para incorporarse a responsabilidades sociales”. La cuestión de si Asperger trató de salvarlos con sus informes clínicos o, por el contrario, cedió a las presiones nazis para certificar su traslado a centros de exterminio sigue estando en debate (Todd, 2015; Czech, 2018 y 2019; Sheffer, 2014 y 2018; Lasa Zulueta, 2022). Sea cual sea el veredicto final de la historia, el DSM, sin explicarse al respecto, ya ha “clausurado” el síndrome de Asperger que ya no aparece en el DSM-5 del 2013.

14. Lo cual abre otra cuestión, importante para quienes se interesan por la psicopatología clínica: ¿qué otros diagnósticos recibían entonces cuando no eran considerados “trastornos del espectro autista”?

15. Laurent Mottrom (2016): *L'intervention précoce pour enfants autistes. Nouveaux principes pour soutenir une autre intelligence*. Su lectura y su posición conciliadora, pero demoledora frente a ciertas afirmaciones partidistas, aportan un sosiego que puede contribuir a calmar los pasionales debates que han sacudido el mundo profesional del autismo.

16. Entre otros muchos, Vygotsky (2010), Winnicott (1965), Bruner (1983 y 1986), Trevarthen (1993a y 1993b), Stern (1977 y 1985) y un largo listado de autores, interesados por el papel fundamental de los intercambios tempranos en la constitución del psiquismo y del lenguaje -cuestión que hemos visto que también interesó a Freud-, han ido conformando las teorías interpersonales y la clínica e intervenciones basadas en los intercambios e interacciones relacionales (ver Ávila, 2013; Georgieff, 2013; Lasa Zulueta, 2022).

17. Ludwig Wittgenstein (Viena, 1889-Oxford, 1951) escribió dos textos fundamentales. El *Tractatus logico-philosophicus* (en 1923), único texto que publicó en vida, declarando que tras ello abandonaba la filosofía considerando resueltos todos los problemas filosóficos... que él se había planteado, para dedicarse a la enseñanza como maestro rural y volver así al lenguaje infantil, el único que le parecía espontáneo. En el segundo, *Investigaciones filosóficas*, escrito entre 1936-1949 y publicado póstumamente en 1953, dejó de lado la lógica para centrar su interés en el lenguaje (al que dedicaría reflexiones que, escritas en 1932-1933, fueron publicadas también póstumamente en 2005).

18. Una vez que el conocimiento del “síndrome de Asperger” se fue extendiendo han sido innumerables los artículos que en los medios de comunicación han catalogado como probables afectados por el síndrome a una multitud de sabios con personalidades “peculiares”: Newton, Einstein, Bobby Fisher o, también, el propio Asperger entre otros muchos.

19. Los textos de Frankl, autor poco influyente, eran desconocidos entonces por estos autores, así que no es probable que su posicionamiento tuviera nada de una confrontación con él, pero sí con Kanner y con algunas ideas psicoanalíticas entonces vigentes sobre el autismo.

20. Pese a ello, es bien conocido el posicionamiento de Thomas Insel, máxima voz del NIMH estadounidense, criticando la falta de rigor del DSM-5, que consagró a partir del 2013 el término de Trastornos del Espectro Autista y declarando que no utilizarían tal clasificación por su falta de rigor científico.

21. En la reciente jornada celebrada en Barcelona (50 aniversario del Centre Educatiu i Terapèutic Carrilet), Catherine Lord nos afirmó la gran dificultad de predecir a largo plazo las evoluciones de autistas acompañados desde su primera infancia. Lo hacía apoyándose en el gran peso de sus catamnesis a largo plazo. También nos explicó que su método diagnóstico trata de homogeneizar una realidad clínica muy diversa que, por ser más rica y variada, necesita ser sistematizada (reducida) a efectos de necesidades metodológicas imperativas. Abre así una ventana de posibilidades evolutivas imprevisibles y de influencias multifactoriales, también las relacionales, que permite planteamientos educativos y terapéuticos diferentes y compatibles en un acompañamiento de largo recorrido.

22. Aunque se dice que ningún autista es capaz de entender y practicar la ironía que conlleva el humor, creo haber conocido más de uno que disponía de esta capacidad; eso sí, con matices muy personales. Me ayudó a entenderlo la definición que, otra vez María Moliner, nos da de ironía: “*Manera de expresar una cosa, que consiste en decir, en forma o con entonación que no deja lugar a dudas sobre el verdadero sentido, lo contrario de una cosa (...) tono burlón con que se dice algo*”.

